

dentales complicaciones. En agosto del año 1146, Conrado tuvo que emprender una segunda expedición a Polonia que terminó de un modo poco glorioso, pues a cambio de algún dinero consintió al fin en que conservaran su posición Boleslao y Miecislao, vencedores de su cuñado, arrojado por ellos del poder. Entretanto, Baviera sufría las tristes consecuencias de una lucha entre el obispo de Ratisbona y el duque Enrique; en Suabia, Federico, sobrino del rey,—que se puso en abierta contradicción con la política de Conrado, contraria a las tradiciones de familia de los Staufen,—luchaba contra Conrado de Zähringen; y Welfo VI preparaba una nueva rebelión para apoderarse de Baviera. Además, en el Oeste continuaba todavía la lucha entre Adalbero de Tréveris y Enrique de Namur, mientras que la marca del Sudoeste sufría los desastres de la desdichada guerra de Enrique de Baviera y Austria contra el rey Geisa de Hungría. Todo esto obligaba a Conrado a permanecer en Alemania. En estas circunstancias, se presentó en Alemania Bernardo de Claraval, que ponía todas sus fuerzas al servicio de la organización de una cruzada, considerada por muchos como extemporánea. Bernardo hizo suspender las bárbaras persecuciones de judíos, promovidas por el desencadenamiento del fanatismo religioso, y el día de Navidad del año 1146 conquistó de tal manera con su elocuencia al monarca que este, a pesar de todas las amonestaciones que se le hicieron, aceptó la cruzada. Este triunfo pareció un milagro al mismo San Bernardo, lo cual constituye la mejor crítica que puede hacerse de la falta cometida por Conrado al enredarse en una aventura en el extremo Oriente, completamente ajena a Alemania, abandonando las cuestiones de tan trascendental importancia para el porvenir del imperio.

Antes de que Conrado saliera de Alemania ya se dejaron traslucir las funestas consecuencias de su empresa. Los príncipes alemanes del Norte y del Este se excusaron de tomar parte en la cruzada, pretextando las continuas luchas que contra sus vecinos eslavos tenían que sostener en defensa de la fe cristiana, por cuya razón no querían desprenderse para una expedición lejana y sin objeto de las fuerzas que tan útiles y necesarias les eran. Bernardo de Claraval no hizo más que mal disimular su derrota cuando declaró que estas luchas contra los eslavos eran una parte de la gran cruzada y concedió a los que las sostenían ventajas eclesiásticas que solo se otorgaban a los verdaderos cruzados. La ambición de los Welfos no quiso desperdiciar aquella ocasión: Enrique el Leon se presentó al rey y exigió la devolución del ducado de Baviera, declarando nula la renuncia que de él había hecho en otro tiempo su madre. Para Enrique, la paz de Francfort quedaba rota desde que la muerte de su madre Gertrudis le relevaba de toda consideración hacia su padrastro. Poco adelantó Conrado III con lograr de él que dejara pendiente la cuestión hasta su regreso. El hecho de que Conrado en 1147,—cuando se hacían los preparativos para la cruzada,—hiciera elegir por los príncipes reunidos en Francfort a su joven hijo Enrique sucesor del trono, quitaba a los Welfos casi toda esperanza de llegar a un arreglo. La paz general que allí ordenó y proclamó el rey estaba, desde un principio, asentada sobre bases poco sólidas.

Conocido es el desastroso resultado de la segunda cruzada: la falta cometida por Conrado fué purgada más de lo que habían temido los más pesimistas, purgándola él y su ejército, pero también el imperio y el pueblo alemán. La cruzada contra los eslavos, para la cual se habían unido los príncipes del Nordeste de Alemania, especialmente los de Sajonia, también acabó desastrosamente con el inútil sitio de Demmin, quebrantando la consideración de que gozaba Alemania a los ojos de sus adversarios. Las calamidades que

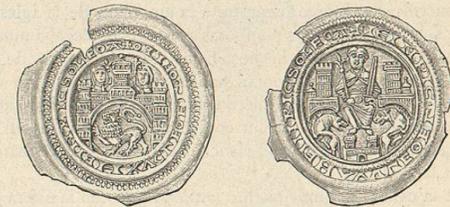
destruyeron la expedición franco-alemana a Siria, fueron atribuidas a la Iglesia y a su dirección, haciéndose de ellas especialmente responsable a Bernardo de Claraval. Este tenía la culpa, en cuanto que en él se encarnaban las tendencias jerárquicas de la época. Desde el momento en que estas habían pretendido, con gran confianza, la soberanía del mundo, y tomado durante la segunda cruzada la dirección política y militar del Occidente cristiano, queriendo demostrar no solo su derecho sino su aptitud para el gobierno temporal, el fracaso de aquella empresa significaba la ruina del sistema jerárquico. Todo el mundo, amigos y adversarios, reconoció que la Iglesia no se encontraba en condiciones de ocupar el lugar que se creía con derecho a obtener; que las retumbantes frases con que Bernardo de Claraval había exaltado los excitados ánimos de la muchedumbre no correspondían en manera alguna a su poder material, y que la Iglesia había organizado una empresa superior a sus fuerzas y había prometido más de lo que podía cumplir. Este convencimiento bastó para romper el encanto en que la Iglesia había tenido al mundo entero y especialmente a Alemania.

Como la monarquía de Conrado III había permanecido, desde su origen, en el terreno que la Iglesia le había preparado, y como el monarca, con funesta perseverancia, había conservado el carácter de rey eclesiástico que desde un principio tuvo, el derrumbamiento del poder que le protegía llevó consigo como consecuencia necesaria su propia ruina. Antes de que Conrado III hubiese regresado a Alemania habían ya comenzado los ataques contra su situación, que entonces se había hecho de todo punto insostenible. Welfo VI regresó a su patria desde Siria, pasando por Sicilia y Roma; en Sicilia, el rey Roger, que quería evitar la expedición a Italia, largo tiempo hacia proyectada por Conrado III, facilitó a Welfo grandes sumas, y en Roma se alió con la curia romana, que nada podía esperar ya de Conrado y que comenzaba a comprender que los Welfos eran la potencia del porvenir. En 1150, apenas hubo llegado Conrado a Alemania, comenzó Welfo VI una lucha para apoderarse de la Baviera; pero como no esperó para ello el auxilio de su sobrino, fué atacado en Flochberg, plaza fuerte cercana a Copfingen, por fuerzas superiores mandadas por el joven rey Enrique,—que por la energía y talento con que gobernaba, aconsejado por el arzobispo de Maguncia, hacia concebir grandes esperanzas,—y fué completamente derrotado, librándose con gran trabajo de caer prisionero. El duque Federico III de Suabia, sobrino de Enrique, que en 6 de abril de 1147 había sucedido en el ducado suabo a su difunto padre, y que se había distinguido mucho personalmente en la funesta cruzada, sirvió de mediador y consiguió un arreglo muy favorable para el vencido. Welfo VI, a cambio de la promesa de no turbar en lo sucesivo la paz, logró rescatar los prisioneros que le habían hecho en Flochberg, siendo además dotado con rentas y bienes.

Conrado creyó poder entonces llevar a cabo sus planes respecto de Italia, a cuyo fin entabló negociaciones con el papa Eugenio III y renovó y aumentó sus alianzas con el imperio griego, conviniéndose en atacar de común acuerdo al normando Roger, tan peligroso para ambos Estados. La ejecución del proyecto se suspendió en el momento oportuno, a causa de un levantamiento de los Welfos; en efecto, en 1151 habíase levantado en armas de nuevo el duque de Sajonia, cuyo poderío se había aumentado y robustecido durante los últimos años. Enrique, caprichosa y violentamente, había atacado los derechos de los demás, siempre que con ello había podido obtener alguna ventaja. Respecto de los nuevos obispados que las misiones, celosamente protegidas por el arzobispo Hartwich de Bremen, crearon en los territo-

rios eslavos y que para existir no podían pasarse sin el poderoso apoyo de Enrique, ejerció este, con asentimiento del papa, el derecho de la investidura, y por más que Vicelin, el apóstol de los holsates y stormanes, quiso resistirse a ello cuando en 1149 fué nombrado obispo de Oldemburgo, tuvo definitivamente que someterse en este punto al duque. Estos triunfos de Enrique aumentaron el antagonismo que existía entre el Welfo y su antiguo rival Alberto de Brandeburgo, que cada día se veía más contrariado por los triunfos de aquel. Las luchas de sucesión que desgarraban a Dinamarca haciéndola sufrir los desastres de una guerra civil, sin que el rey alemán se encontrara en condiciones de prestar el auxilio que se le pedía, pusieron también a este reino septentrional vecino bajo la influencia del duque de Sajonia, el cual entonces alcanzó en el Norte una situación casi soberana. Contando con tan valioso apoyo, el duque sajón creyó poder comenzar la lucha por la posesión de Baviera. Conrado comprendió el plan, y con circunspección y energía hizo los preparativos necesarios para anticiparse al duque y para caer, mientras este se veía retenido en Suabia, sobre Sajonia, atacando y destruyendo en sus raíces el poder de los Welfos. Contaba para ello aliarse con los muchos envidiosos y adversarios que los Welfos tenían. Las dos partes contendientes fingieron querer llegar a un arreglo y evitar, en lo posible, un conflicto armado, pero esto solo lo hicieron para engañarse el uno al otro. A fines de noviembre de 1151 creyó el rey seguro su triunfo, y dando órden de que se cercara al duque en Suabia y de que se vigilaran todos los caminos que conducían al Norte, penetró de repente en Sajonia con las tropas que sus aliados le tenían preparadas en Goslar, marchando directamente hacia Brunswick. Allí, sin embargo, le esperaba una desagradable sorpresa, pues su enemigo, conociendo lo que contra él se tramaba, encontró astutamente medios de pararle el golpe que se le quería dar. En efecto, Enrique el Leon fingiendo prepararse, ajeno a todo cuidado, a celebrar alegremente con los suyos en Suabia el día de Navidad, acompañado únicamente de tres amigos y oculto bajo un disfraz, emprendió el viaje, burló felizmente la vigilancia de las avanzadas colocadas por Conrado y llegó sano y salvo a Brunswick, donde fué acogido con júbilo por los suyos, que se hallaban consternados a consecuencia de un repentino ataque. El plan de Conrado había fracasado; así es que levantó el apenas comenzado sitio de la capital welfa y regresó precipitadamente al Sur de Alemania; y aun cuando los adversarios de Enrique el Leon continuaron la lucha, no se trataba ya de una completa ruina del poder de los Welfos, que era lo que Conrado se había propuesto. Después de este suceso, presentábase al parecer imposible toda paz y amistad entre los Staufen y los Welfos. Otras circunstancias contribuyeron también a empeorar la situación de Conrado, cuyas esperanzas habían decaído grandemente después de la muerte de su hijo, el sabio rey Enrique, a raíz de la cual volvió a surgir la cuestión de la sucesión hereditaria, que parecía haber quedado resuelta. ¡Cuán fácilmente podía entonces, como después de la muerte de Enrique V y de Lotario, estallar la lucha entre los Staufen y los Welfos, y cuán fácil era que el arrebatado y enérgico Enrique el Leon consiguiera lo que no le había sido dado a su padre alcanzar! La casa de los Staufen no estaba toda en favor de Conrado III; su sobrino, el duque de Suabia, que había negociado una paz tan ventajosa para Welfo VI, permanecía adicto a los adversarios de Conrado, pues no quería la destrucción del poderío de los Welfos y quizás ya entonces se interesaba porque fuera devuelta la Baviera a Enrique el Leon. A esto había que añadir el desprestigio en que, así en el interior como en el extranjero, había caído la monarquía. Los interesados en las venganzas

violentas y sangrientas luchas se burlaban de los mandatos de paz publicados por el rey. Enrique de Sajonia estaba en lucha con el arzobispo de Bremen y con Alberto el Oso, con el primero por cuestión del condado de Stad y con el segundo por la herencia del asesinado conde de Plotzke y de Winzenburg. La agresión dirigida por el rey húngaro Geisa contra el Austria había quedado impune, y Uladislao, cuñado de Conrado, no había podido reconquistar la perdida soberanía. Canuto y Sven, pretendientes que se disputaban la corona de Dinamarca, habían solicitado en vano la intervención del rey para que dirimiera sus contiendas, y en vano pedía Conrado de Zähringen auxilio al monarca para someter los territorios borgoñones, que le habían sido concedidos y que hasta entonces se le resistían con éxito. La Iglesia había demostrado su impotencia con el triste resultado de la segunda cruzada, y la monarquía, su protegida, desempeñaba un papel no menos desairado. Era preciso, para encontrar remedio a tantos males, que se realizara un cambio radical: necesitábase que el Estado y la vida nacional salieran definitivamente de la tutela eclesiástica en que se encontraban; que se hicieran valer puntos de vista terrenales, nacionales y políticos, y que se mantuviera a la Iglesia dentro de los límites de la vida puramente eclesiástica. Conrado al fin había tenido que reconocer esta necesidad; así es que confesando las faltas cometidas renunció, con una abnegación digna de agradecimiento, a exponer al imperio a nuevos peligros por el simple interés de su propia casa. El imperio necesitaba de un hombre enérgico, de un jefe que no ligado por consideración alguna estuviera dispuesto noble y abiertamente a firmar la paz con los Welfos. Esto excluía de la sucesión al hijo de Conrado, al impúber Enrique. Es un hecho que honra a Conrado III que, al regresar de la desastrosa expedición a Brunswick y al sentirse gravemente enfermo a consecuencia de las fatigas de la cruzada, renunciara expresamente a la sucesión de su hijo y recomendara como candidato al trono a su sobrino el duque Federico III de Suabia, a quien entregó, antes de morir, las insignias imperiales: acto con el cual condenó su propia política. Conrado falleció en Bamberg, en 25 de febrero de 1152, y su cuerpo fué enterrado en la catedral al lado del de Enrique II. Hombre dotado de algunas excelentes cualidades, perseverante y valeroso, robusto y simpático, irreprochable en sus detalles, había hecho concebir grandes esperanzas que a pesar de sus nobles esfuerzos no pudo luego satisfacer. La serie de los grandes desastres que constituyen la historia de Conrado III no solo debe atribuirse a lo funesto de las circunstancias, sino también y principalmente a su falso punto de partida religioso, que le impidió emanciparse del influjo del pontificado y poner término a la preponderancia que la Iglesia, en sí impotente, ejercía sobre la vida nacional, dificultando y malogrando su



Dos medallones de Enrique el Leon (plata)

La inscripción de uno y otro dice: HEINRICUS LEO DVX; las demás letras nada significan y solo están empleadas para llenar espacios.

vamente de la tutela eclesiástica en que se encontraban; que se hicieran valer puntos de vista terrenales, nacionales y políticos, y que se mantuviera a la Iglesia dentro de los límites de la vida puramente eclesiástica. Conrado al fin había tenido que reconocer esta necesidad; así es que confesando las faltas cometidas renunció, con una abnegación digna de agradecimiento, a exponer al imperio a nuevos peligros por el simple interés de su propia casa. El imperio necesitaba de un hombre enérgico, de un jefe que no ligado por consideración alguna estuviera dispuesto noble y abiertamente a firmar la paz con los Welfos. Esto excluía de la sucesión al hijo de Conrado, al impúber Enrique. Es un hecho que honra a Conrado III que, al regresar de la desastrosa expedición a Brunswick y al sentirse gravemente enfermo a consecuencia de las fatigas de la cruzada, renunciara expresamente a la sucesión de su hijo y recomendara como candidato al trono a su sobrino el duque Federico III de Suabia, a quien entregó, antes de morir, las insignias imperiales: acto con el cual condenó su propia política. Conrado falleció en Bamberg, en 25 de febrero de 1152, y su cuerpo fué enterrado en la catedral al lado del de Enrique II. Hombre dotado de algunas excelentes cualidades, perseverante y valeroso, robusto y simpático, irreprochable en sus detalles, había hecho concebir grandes esperanzas que a pesar de sus nobles esfuerzos no pudo luego satisfacer. La serie de los grandes desastres que constituyen la historia de Conrado III no solo debe atribuirse a lo funesto de las circunstancias, sino también y principalmente a su falso punto de partida religioso, que le impidió emanciparse del influjo del pontificado y poner término a la preponderancia que la Iglesia, en sí impotente, ejercía sobre la vida nacional, dificultando y malogrando su

desenvolvimiento. Sin embargo. Conrado III había tenido también medios de librarse de la servidumbre de la Iglesia: no faltó tampoco quien le excitara a servirse de ella, y con un poco más de audacia y un poco menos de preocupación religiosa, hubiera podido conquistar respecto de la curia romana a lo menos una situación independiente, pues repetidas veces le había brindado con su alianza el partido revolucionario que entonces quería acabar con la soberanía pontificia en Roma.

Hacia veinte años que sin ser notados, pero cada vez más fuertes, movíanse los precursores de una nueva época: cada día se manifestaba de un modo más expreso, en todas las esferas de la vida, la oposición contra la Iglesia y contra su soberanía. Este movimiento comenzó a notarse en la esfera de la vida intelectual, en las ciencias y especialmente en la teología y en la filosofía: de estas pasó a la vida eclesiástica, intentando llevar a la práctica las teorías admitidas en el terreno especulativo y transformar las doctrinas y la vida del clero. También en la esfera de la vida política y nacional estaba todo el mundo cansado de la dirección de Roma y de sacrificar el propio bienestar a la ambición de la Iglesia, que solo tenía palabras pomposas pero que no llegaba nunca a justificarlas con los hechos. Estas tres tendencias de la oposición que hasta entonces habían seguido su camino aisladas e independientes, vinieron involuntariamente a juntarse para moverse en una acción común y atacar con ímpetu la situación de la curia eclesiástica, defendida por Bernardo de Claraval.

A la cabeza del movimiento antijerárquico en la esfera de la vida espiritual figuraba el más erudito y sabio de los escolásticos, Abelardo (que murió en 1142), el cual, a pesar de la infausta suerte que le deparó una severa persecución, combatió con inquebrantable valor y con las armas de la razón y de la dialéctica por la libertad del pensamiento. Se le ha llamado creador del racionalismo cristiano, porque hacía de la razón el juez de la fe y quería que solo se creyera aquello que se explicara. Veía en la duda el principio de todo conocimiento, desde el cual se llegaba a la investigación y luego a la posesión de la verdad. Menos provocador, pero más decidido polemista contra la Iglesia existente fue Pedro de Bruys, el cual combatió el bautizo de los niños, la santidad y la necesidad de la Iglesia, la exaltación de las cruzadas y la idea de la transustanciación y selló en 1124 la firmeza de sus convicciones muriendo, en medio de tormentos, a manos de un pueblo furioso. Su discípulo, Pedro de Clugny, purgó con prisión perpetua su campaña contra la desmoralización del clero. También perteneció a la serie de estos adelantes de la civilización religiosa el obispo de Poitiers, Guiberto de la Porée, el cual sentó el principio de que en las cosas naturales el conocimiento racional precedía a la fe, aunque fue sobrado prudente para añadir que esto no rezaba con las cosas teológicas. No obstante, fue declarado hereje y perseguido por sus dudas sobre el dogma de la Trinidad. Esta oposición contra el estado de cosas en la Iglesia dominante se observaba también en aquellos círculos cuya ortodoxia no podía ser puesta en duda, y tenía por representantes a hombres de cuyo ánimo nada estaba tan lejos como las tendencias heréticas. El movimiento contra las tendencias representadas por San Bernardo fue motivado porque estas, bajo pretexto de librar a la Iglesia de toda influencia terrenal, lo que hacían en realidad era mezclarla cada vez más en los asuntos civiles, alejándola de su misión religiosa e imposibilitándola de cumplir con ella del modo debido. Así lo juzgaba Gero de Reichersberg, el erudito abad de un convento bávaro, que censuraba duramente a Bernardo, como había censurado en otro tiempo Pedro Damian a Hil-

debrando, considerándole como seductor y destructor de la Iglesia. Gero, para sustraer a los sacerdotes de las tentaciones del mundo, hubiera querido que todos, sin excepción, hubiesen abrazado la vida monástica.

Si en los círculos religiosos puros se criticaba tan duramente a la Iglesia y se pedía la adopción de serias reformas, no hay que decir lo que sucedería en las sectas heréticas, que hacían cada día mayores progresos. En efecto, no era ya solo en el fuero interno donde abandonaban algunos los dogmas de la Iglesia, sino que se separaban de ellos públicamente, fundándose algunas comunidades religiosas cuyos culto, vida y costumbres estaban amoldados a principios heréticos. Entonces adquirieron gran importancia en las comarcas del Danubio los paulicianos ó bogomilos, que con su doctrina de las dos esencias fundamentales, la buena y la mala, dieron expresión y nuevo valor a un sistema muy en armonía con las ideas de la época, presentando como creación de la esencia mala no solo el mundo sino también la Iglesia visible. Más importante fue la excitación producida por los cataros, bajo cuyo nombre común se comprendía una multitud de sectas heréticas, que en detalle se diferenciaban mucho entre sí y que eran tan numerosas, especialmente en el Sur de Francia y en la Alta Italia, que casi podía ponerse en duda que estos territorios fuesen adictos a la Iglesia católica. Las doctrinas de los cataros tenían su origen en algunas reminiscencias maniqueas y en la forma dualista. Ponían la materia y el mundo corporal, como creaciones del mal, enfrente del alma humana, que creada por el bien se esforzaba por volver a él. Rechazaban los sacramentos y los sustituían con un acto de consagración espiritual que se efectuaba por medio de la imposición de manos. Organizaron su Iglesia a semejanza de las comunidades cristianas de la época apostólica y se distinguieron por su piadosa actividad y por su intachable conducta, con lo cual formaron contraste con la desmoralizada Iglesia de su época e hicieron insensiblemente gran propaganda en pro de su causa. A aquella época pertenecen también los valdenses, que después adquirieron tanta importancia.

Pero por muy fuertes que fueran estos movimientos liberales que en el seno de la Iglesia se iniciaron, no hubieran podido destruir la soberanía de la jerarquía si no hubiesen contado con poderosas alianzas terrenales, nacidas de la oposición política y nacional, que se colocaba cada vez con mayor energía frente a la supremacía de Roma. Del cambio que se verificó, y que a la extenuación producida por la lucha de las investiduras hizo suceder una actividad cada día creciente, es buena prueba el reinado de Lotario III, el cual por razón de las circunstancias emprendió una senda enteramente distinta de la que, en un principio, había emprendido. El reinado de Conrado III había sido tan desastroso porque este monarca, con poco talento, se opuso al espíritu de independencia que se despertaba en los príncipes y en el pueblo de Alemania, deseosos de sacudir la tutela y la explotación de Roma. Estas tendencias liberales hacía una base nacional habíanse visto confirmadas victoriosamente en la Alta Italia, donde hicieron de las florentinas municipalidades lombardas y de sus activas y enérgicas poblaciones un poder cuya amistad ó enemistad podían ser decisivas para el imperio y la Iglesia. También en Roma se había mostrado robusto este espíritu, que con los apuros que había puesto al pontificado,—abandonado a sus fuerzas por Conrado III, a pesar de sus promesas,—había contribuido poderosamente a romper el encanto en que hasta entonces la Iglesia, a pesar de su impotencia, había tenido sujeto al mundo. La ciudad eterna era, hacia años, el teatro de una revolución en la cual se juntaban todos los elementos

de la oposición: los adversarios científicos y teológicos del pontificado, en unión con los reformadores eclesiásticos prácticos y con los defensores de la libertad política y nacional, se lanzaban contra el centro del sistema jerárquico que sobre el mundo pesaba.

Existía una lamentable contradicción entre la importancia que a los ojos del mundo tenía Roma y la esclavitud en que se hallaba sumida su población, huérfana de un gobierno municipal propio y regida por el despotismo de los cónsules nobles. Durante el largo cisma de Anacleto é Inocencio, intentaron los romanos reorganizarse tomando por modelo las municipalidades lombardas. En 1143 estalló una revolución y las banderías en que estaba dividida la población, según los barrios de la ciudad, se juntaron formando una sola comunidad, derribaron el consulado noble y, apoyadas por la baja nobleza, pusieron un Senado democrático al frente del gobierno municipal. El papa Celestino II había tenido que presenciar impasible estos sucesos; su sucesor Lucio II, en alianza con la alta nobleza y con el rey Roger de Sicilia, quiso establecer por la violencia su autoridad, pero el municipio popular le despojó de todo derecho de soberanía temporal: Lucio atacó el Capitolio y fue allí mortalmente herido. Por esto su sucesor Eugenio III evitó por de pronto el establecerse en Roma y residió en Viterbo, mientras la ciudad eterna seguía siendo teatro de una pequeña guerra civil, durante la cual fue convertida en fortaleza la misma iglesia de San Pedro. Mas adelante, los romanos suprimieron también la prefectura imperial de la ciudad, siendo este el primer paso para acabar con la soberanía que en Roma ejercía el imperio. En aquel tiempo se puso al frente de la revolución romana un hombre que hacía muchos años era odiado por el partido pontificio por sus errores religiosos y por sus formales tentativas para mejorar la vida del clero. Era Arnaldo de Brescia, el cual con el auxilio de los romanos, organizados democráticamente, pensaba llevar a la práctica sus ideales políticos y religiosos. Arnaldo de Brescia era discípulo y amigo de Abelardo, y enemigo mortal de San Bernardo. En contraposición a Bernardo,—que como principal representante de las elevadas tendencias eclesiásticas expresaba sus principios con más celo y con más eficacia que los mismos papas, por él influidos y en parte dirigidos,—Arnaldo de Brescia venía a ser el polo enteramente opuesto en el desenvolvimiento de la vida eclesiástica de aquella época. Su agitada existencia, que a pesar de su fin trágico dejó algunas huellas imperecederas, movióse en medio de la lucha de elementos hostiles que presidía a la vida espiritual, religiosa, moral y política, y luchó en vano por conseguir una solución pacífica.

Había nacido en la ciudad cuyo nombre lleva y abrazó la carrera eclesiástica: en París asistió a las lecciones de Abelardo y se sintió fuertemente atraído hacia él, no solo por lo que a sus doctrinas se refería sino también bajo el punto de vista personal. Consagrado sacerdote, fue preboste de la fundación de cantores agustinos de su ciudad natal. Ya entonces adquirió gran consideración por sus doctrinas, exigiendo de los sacerdotes la pobreza apostólica, de la que él comenzó por dar ejemplo. Arnaldo tomó parte en la sublevación por la cual los habitantes de Brescia, siguiendo el ejemplo de otras ciudades lombardas, sacudieron el yugo episcopal; por ello fue acusado ante el concilio que se celebró en Letran en la primavera de 1139, siendo destituido de su cargo y enviado al destierro, y viéndose obligado a jurar que no volvería a Italia sin permiso expreso del papa. Arnaldo se dirigió a Francia y asistió al sínodo de Sens (1140), tomando parte en la controversia que se suscitó entre Bernardo de Claraval y Abelardo. A lo menos, de aquella época data la

apasionada enemistad que el abad sintió hacia Arnaldo, a quien no cesó de perseguir y a quien llamaba el escudero de Goliat (suponiendo que Goliat era Abelardo) y la «abeja de Italia.» Inocencio II ayudó con gusto a Bernardo a destruir a aquel libre-pensador y reformador: su destierro fue renovado y se decretó su prisión y la quema de todos sus escritos. A pesar de esto, Arnaldo propagó sus doctrinas en París, reuniendo a sus entusiasmados discípulos en el monte de Santa Genoveva, en el mismo sitio en que hasta entonces había enseñado su maestro y amigo Abelardo. El antagonismo con el mundanizado clero produjo entonces sus efectos, pues se confesó que sus doctrinas estaban conformes con el Evangelio pero que no lo estaban con la vida y con el estado de cosas existente. El celo de Arnaldo dirigíase especialmente contra la ambición de los obispos y

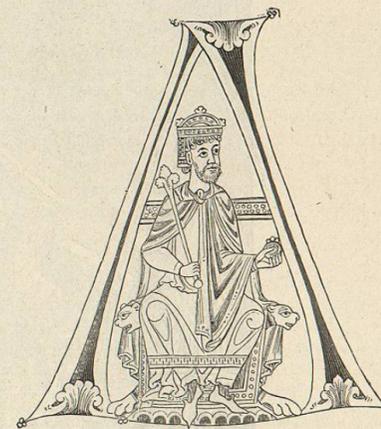


Figura de rey en una inicial de una copia de Flavio Josefo.
(Real Biblioteca de Stuttgart.)

contra el despojo inmoderado de honores que animaba a Bernardo de Claraval. Tales doctrinas no le conquistaron ciertamente un gran partido: a su alrededor solo se congregaban unos pocos y pobres discípulos. San Bernardo consiguió por fin que el rey Luis VII expulsara de Francia al hereje, y Arnaldo se dirigió entonces a Suiza, donde continuó sus predicaciones, cuyas huellas se encontraron posteriormente hasta en Suabia. También allí fue perseguido por el odio de Bernardo, el cual previno al obispo de Constanza contra el hereje, aconsejándole que se apoderara de él y le inutilizara encerrándole en una cárcel. Esto no obstante, pronto encontró Arnaldo valiosos defensores, por cuya mediación se reconcilió con la Iglesia. El diácono cardenal Guido, que fue legado pontificio en aquel país desde 1143 a 1145, y que había sido condiscípulo de Arnaldo en París, se interesó por él, le protegió contra el fanatismo de Bernardo y en 1145 se lo llevó consigo a Italia, donde fue de nuevo admitido en el seno de la Iglesia, después de haber hecho penitencia en Viterbo. Arnaldo permaneció algún tiempo tranquilo en Roma; pero cuando se encrespaban las olas de la revolución municipal y cuando la victoria de la democracia sobre el pontificado abría halagüeñas perspectivas a una atrevida obra de reforma, salió de la inercia forzosa en que se encontraba y volvió de nuevo a enseñar y a predicar libremente. Cuando Eugenio III huyó a Francia, tornó Arnaldo a su antigua actividad agitadora, que entonces tomó un color político y nacional. Que sus esfuerzos tuvieron éxito y que logró crearse un partido lo demuestra una carta dirigida por